

## Espectros de Marx. América Latina en la obra de Ernesto Laclau

Martín Cortés\*

### Resumen

El texto expone los antecedentes conceptuales y el contexto político militante desde el cual Ernesto Laclau formulará su teoría del antagonismo. Se expone el itinerario teórico de formulación del concepto de hegemonía, cómo es que el teórico formaliza las categorías de populismo y hegemonía desde el horizonte marxista y los sucesivos descentramientos que dan lugar, en *Hegemonía y estrategia socialista*, a la soberanía del campo político. Se afirma que los textos de fines de la década del 70 del teórico del populismo, representa la crisis del marxismo, la crisis de la modernidad, de sus categorías políticas.

**Palabras claves:** populismo – hegemonía – Laclau – marxismo.

### Resumo

O texto expõe os antecedentes conceituais e o contexto político militante a partir do qual Ernesto Laclau formula sua teoria do antagonismo. O itinerário teórico de formulação do conceito de hegemonia é exposto, a maneira como o teórico formaliza as categorias de populismo e hegemonia desde o horizonte marxista e os sucessivos descentramentos que dão origem, em *Hegemonia e estratégia socialista*, à soberania do campo político. Afirma-se que os textos do final dos anos 70 do teórico do populismo representam a crise do marxismo, a crise da modernidade, de suas categorias políticas.

**Palavras-chave:** populismo - hegemonia - Laclau - marxismo.

---

\* Dr. en Ciencias Sociales por la UBA y Dr. Filosofía por la Universidad Paris 8. Docente e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

En el año 2012, Ernesto Laclau afirmaba que Jorge Abelardo Ramos había sido el pensador político más importante del siglo XX argentino. Ramos fue el personaje más influyente en la formación política de Laclau, y también una figura sustantiva en sus preocupaciones teóricas, mucho más de lo que se suele reconocer. En 1963, Laclau se incorporó al Partido Socialista de Izquierda Nacional, en el marco del cual tuvo un importante rol como editor de la revista *Izquierda Nacional*. El partido estaba animado por Ramos, un personaje que intentaba aunar troskismo y peronismo en una fórmula anti-imperialista y anti-oligárquica que colocaba a la lucha nacional como la tarea urgente y primaria de la clase trabajadora. Perón, aun con sus contradicciones, era la expresión más cabal de la nación oprimida argentina, y por ello es a partir de su movimiento –y solo a partir de allí– que se debe articular un sujeto político popular. La izquierda que no comprendía esto caía rápidamente en el campo *liberal* y *antipatria*.

Había en el marxismo de Ramos una operación algo habitual en los países periféricos pero también bastante curiosa. La caracterización estructural de la Argentina –y, en general, de los llamados países *semicoloniales*– presenta un correlato político muy preciso: las clases sociales son estructuras endeblas, cuyas fronteras son borrosas. Existe una oligarquía atada a los privilegios de una tierra que no moderniza, al lado de una burguesía débil que llegó tarde al mundo industrial, y que por eso precisa de aliarse con los sectores populares para salir de su posición subalterna. Aunque, como buen troskista, Ramos partía de la reflexión en torno de las responsabilidades de la clase obrera, su versión de la “revolución permanente” implicaba la necesidad de hegemonizar el movimiento nacional. Esto aparecía entrecruzado con una mirada profundamente latinoamericanista de la historia, en virtud de la cual América Latina era una unidad original, desgarrada por la interferencia imperial (de España, de Inglaterra, de Estados Unidos), de manera que sus subdivisiones nacionales resultaban un artificio de las clases dominantes globales. Era preciso desandar este camino, construyendo los “Estados Unidos socialistas de América Latina” (tal cual rezaba una fórmula del propio Trotsky en su exilio en

México). El resultado, algo paradójico, del clasismo teórico y el nacionalismo –o latinoamericanismo– político, era que los intereses de la clase se expresaban en la defensa de la nación. Esto no solo explicaba el apoyo a Perón, sino que también permite comprender que varios textos de Ramos se centren en el concepto de “masas” antes que en el de “clases” (de hecho su libro clásico: “Revolución y contrarrevolución en la Argentina” lleva por subtítulo la fórmula “Las masas en nuestra historia”).

De este modo, la reflexión de la izquierda nacional contiene dos elementos que resultan claves para pensar la obra de Laclau: por un lado, no existe una clase constituida al nivel económico que luego es representada políticamente en el proceso de transformación social. Antes que eso, la sociedad es pensada como un entramado de difusas corrientes económicas y políticas en la cual es mucho más nítido el polo del poder –la vieja oligarquía y el imperialismo– que aquel de la resistencia –el pueblo. Por el otro, es este antagonismo como fractura binaria de la sociedad el que anima el análisis teórico y prescribe la forma de la acción política que debe llevarse adelante.

Luego de su experiencia en el PSIN, Laclau viaja a Inglaterra para trabajar con Eric Hobsbawm y, a partir de allí, desplegar una rica y célebre trayectoria intelectual sobre la cual no es preciso agregar mucho. Ya en sus publicaciones en los órganos de la izquierda nacional se podía percibir con claridad que el pensamiento de Laclau era infinitamente más sutil y elaborado que el de su maestro Ramos. Sin embargo, y esta es nuestra propuesta para este breve texto, algo de esos elementos centrales de la izquierda nacional persiste, aunque no linealmente, en el pensamiento de Laclau. Y no solamente persiste, sino que constituye, a nuestro juicio, un aspecto central de los momentos más agudos y políticamente productivos de su trayectoria intelectual. Momentos que se relacionan a su vez con la toma de posición de Laclau respecto del marxismo: su modo de pensar esta tradición, su crisis y las posibles salidas de la misma, aparece íntimamente ligada con la presencia de estos dilemas “latinoamericanos” en su pensamiento. Tomaremos para pensar esto, de manera *impresionista* antes que filológica, tres textos emblemáticos de su obra: *Política e*

*ideología en la teoría marxista, Hegemonía y estrategia socialista y La razón populista.*

## **Un marxismo político**

*Política e ideología en la teoría marxista* reúne 4 ensayos. Los dos primeros, “Feudalismo y capitalismo en América Latina” y “La especificidad de lo político”, son reediciones de artículos editados en la primera mitad de los años setenta. Los otros dos, “Fascismo e ideología” y “Hacia una teoría del populismo”, son publicados por primera vez en este libro, en 1977, y contienen los aspectos más interesantes de aquello que nos interesa indagar.

En su inscripción en los debates sobre el fascismo y el populismo se reconoce más rápidamente la persistencia de aquellos dilemas argentinos en Laclau. En su interrogación sobre el fascismo aparece una vocación crítica muy precisa: comprender el *enigma* fascista en sus múltiples y complejas determinaciones, sin reducirlo ni a voluntad lineal de clase dominante ni a paréntesis inmoral –y aberrante– en la historia democrática de Europa. Laclau considera que estas distorsiones impiden un “análisis de clase”, es decir, una crítica marxista. ¿Qué es para este Laclau, que aquí defiende un marxismo “científico” al estilo Althusser y Della Volpe, un análisis de clase? Aquí está el nudo de los aportes de este libro.

Descartando análisis simplistas como el de la Komintern –fascismo como expresión del capital monopolista–, Laclau produce una discusión con la concepción de Nikos Poulantzas, a quien reconoce una compleja mirada sobre el proceso, tanto por la autonomía relativa que adjudica al factor ideológico, como por la centralidad política que le atribuye a la pequeña burguesía: en un contexto de crisis generalizada y derrota del movimiento obrero, el gran capital establece una alianza ideológico-política con la pequeña burguesía que le permite relanzar su dominación hegemónica. Sin embargo, el problema de Poulantzas estaría en que considera que los distintos elementos ideológicos tienen una *correspondencia* con la posición de clase, aun cuando luego se articularían, mezclarían y condensarían. El liberalismo como

ideología de la burguesía en ascenso, el militarismo de la fase imperialista, etc. Siguiendo este razonamiento, afirma Laclau, la ideología fascista –como cualquier otra– puede descomponerse en los elementos que la constituyen, para luego dar cuenta de las contradicciones que allí estriban. Por lo demás, volviendo a la formación de Laclau a la que hicimos mención, esto supondría que “el nacionalismo es un ‘elemento’ ideológico burgués y, como tal, no es susceptible de transformación en una dirección socialista. *Un nacionalismo socialista constituiría, en este perspectiva, una expresión perfectamente contradictoria*” (p. 108). El autor hace esta afirmación sin decir nada más, casi como si su carácter absurdo fuera evidente para cualquiera. Para él, lector de la izquierda nacional, la imposibilidad del nacionalismo socialista es sin dudas un absurdo evidente.

Aquí, entonces, la izquierda nacional se encuentra con una teoría del discurso. Para Laclau, un discurso se caracteriza no por sus elementos sino por aquello que le provee unidad: por ello es imperioso comprender la articulación de los elementos ideológicos, aquello que los condensa en una unidad. Continuando en una senda althusseriana *sui generis*, la unidad de un discurso ideológico está dada por el sujeto que interpela y produce. Estas interpelaciones tienen una relación con la estructura de clases sociales que caracteriza a la sociedad capitalista, pero no se trata de una relación lineal. Para Laclau existen dos grandes conjuntos de interpelaciones: las interpelaciones de clase y las interpelaciones popular-democráticas. Las primeras emergen del antagonismo de clase, las segundas, de todas las otras múltiples formas de antagonismo social que caracterizan a las formaciones económico-sociales concretas. Solo será *lucha de clases* aquella que constituye a las clases como tales, mientras que existen una multiplicidad de formas de lucha que no se reducen a una dimensión clasista, a pesar de lo cual, afirma nuestro autor “toda contradicción está sobredeterminada por la lucha de clases”. La primera contradicción interpela como clase, la segunda, como pueblo, la primera constituye el campo de la lucha de clases, la segunda, el de la lucha popular-democrática.

Esta operación permite a Laclau afirmar al menos tres cosas importantes: (a) que

no todas las luchas son reductibles a la lucha de clases; (b) que el “pueblo” no es una invención retórica sino una determinación objetiva de las contradicciones sociales, tomadas al nivel de la formación económico social concreta y, lo más importante, (c) que el campo de las luchas popular-democráticas es el campo de las luchas de clase.

Este último punto precisa una explicación: si bien aquí no aparece con fuerza la noción de hegemonía, estamos frente a una problemática de ese orden. Aunque el nivel de las relaciones de producción mantiene una determinación en última instancia, la lucha política se juega en la capacidad de las clases de articular su interpelación con la lucha popular-democrática, aquella que no se constituye por oposición a otra clase, sino por oposición al bloque de poder. El carácter de la clase como sujeto político será más potente mientras más integre las interpelaciones no clasistas a su práctica.

Volviendo al debate sobre el fascismo, la hipótesis de Laclau aquí es que la izquierda no tuvo una teoría de la articulación a la altura de las circunstancias. Por pecar de economicismo –tanto en la versión estalinista como en la socialdemócrata–, se abandonó el campo de las luchas no clasistas, que el fascismo logró desenlazar de la dimensión de clase. Eso produjo potentes ideologías binarias basadas en la nación, la raza, etc., y no en la radicalidad que puede portar la ideología de la clase obrera. Otra vez con la hegemonía como concepto fantasma del razonamiento, para Laclau el problema estriba en la falta de vocación hegemónica de la clase obrera, en no comprender la autonomía de las disputas “superestructurales”, es decir, la imposibilidad de reducir política a economía.

¿Qué sucede aquí con el populismo? Laclau pretende, en primer lugar, criticar las nociones peyorativas de populismo –en parte encarnadas en su crítica a Gino Germani– que lo construyen como una suerte de *desviación* producto de procesos asincrónicos de modernización, en el marco de los cuales el sistema político no es capaz de integrar democráticamente a los sectores sociales recientemente incorporados al mercado de trabajo. Pero, más que esto, a Laclau le interesa dirigirse a las izquierdas que comparten una mirada crítica del populismo por considerarlo

ajeno a las expresiones políticas e ideológicas que la clase obrera *debería* tener (otra vez vuelve aquí la izquierda nacional). Así, intenta recorrer una vez más la historia reciente del peronismo para dar cuenta del modo en que este construyó un potente sujeto popular opuesto al histórico bloque de poder oligárquico, dominante en la Argentina desde el siglo XIX.

En este sentido, si el populismo es la capacidad de construir un polo popular frente al bloque de poder, cuando la clase obrera deviene populista no se trata de una *desviación* o una *perversión*, sino, por el contrario, de su mayor despliegue hegemónico, pues allí logra contener demandas democráticas que exceden su estricto carácter de clase. Como afirmación de fe marxista, Laclau cerrará su texto afirmando, entonces, que solo la clase obrera puede articular socialismo y populismo, tomando como propias las demandas populares que constituyen la historia concreta de la formación económico-social en la que actúa. De modo que “no hay socialismo sin populismo, pero las formas más altas de populismo sólo pueden ser socialistas”. Retengamos entonces que la potencia del concepto de populismo descansa en que permite, al mismo tiempo, no reducir los sujetos políticos a su dimensión económica y plantear el antagonismo como eje estructurador de una política transformadora.

### **La crisis del marxismo**

Pero son también los tiempos de la crisis del marxismo, de la crisis del sujeto, de la crisis de las clases. Esos tiempos explican, en parte, el tránsito de este texto a *Hegemonía y estrategia socialista*. Se trata de un libro extremadamente comentado y leído, y sería vano rehacer aquí ese ejercicio. Nos interesa señalar que, al ubicarse de manera convencida en el *posmarxismo*, el marxismo queda del lado de las hipótesis modernizantes y esencialistas que los nuevos tiempos requieren desplazar. Así, este texto abandona la preocupación por la relación compleja y no lineal entre la economía y la política, para pasar a reivindicar la soberanía plena del campo de lo político (y la inexistencia de algo que esté por fuera de la política, y del discurso).

Ahora bien, HyES no solamente despliega un distanciamiento respecto de la problemática de las clases sociales. También trae consigo una propuesta política que rehúye del antagonismo y la fractura como ejes de la práctica política. La “radicalización de la democracia” supone la inscripción de los conflictos contemporáneos, caracterizados por la multiplicación de demandas irreductibles a un centro que les provea sentido –como lo habría sido la lucha de clases en tiempos de soberanía marxista–, en la larga estela de la “revolución democrática” que se inicia en los albores de la Modernidad.

Este desplazamiento coincide explícitamente con una preocupación centrada de manera exclusiva en los países centrales. En términos estrictamente empíricos, América Latina posee solo una referencia aislada en el texto (a la dictadura de Somoza en Nicaragua) y ningún autor latinoamericano aparece como referencia, más allá de una conversación sobre el antagonismo y la contradicción con Emilio de Ipola, referida en una nota al pie. Pero esta decisión es deliberada: justo antes de proponer su concepto de *Hegemonía*, los autores aclaran que en los países del “Tercer Mundo” todavía puede tener validez una lógica antagonista que divide el espacio social, mientras que en las democracias avanzadas, que han pasado a través de Estados de Bienestar, predominan “posiciones democráticas”, esto es, demandas que no suponen necesariamente una unidad que se constituye antagónicamente respecto del bloque de poder. Allí, a causa de la persistente expansión de derechos, “las condiciones de lucha en el capitalismo maduro se alejan cada vez más del modelo del siglo XIX de una tajante ‘política de fronteras’”. La interiorización de las fronteras en el espacio político-social implica la estabilización de una forma de lucha política: la hegemonía será entonces el modo de articular las nuevas demandas y radicalizar la democracia.

Hay en este gesto de Laclau y Mouffe una vía posible, muy extendida en aquellos tiempos, de “resolución” de la crisis del marxismo: el llamado posmarxismo como denuncia del esencialismo y camino de salida de la lógica de la confrontación radical como signo de la política transformadora. Cabe decir, rápidamente, que no era esta la única vía posible: podemos recordar, por caso, que Louis Althusser, uno de los más

activos participantes de los debates en torno de la crisis del marxismo, celebraba las enormes posibilidades que ella brindaba para pensar los grandes vacíos y también los errores fundamentales de la propia tradición. Y entre ellos ubicaba muy especialmente la debilidad del pensamiento político y la entrega a diversas formas de esencialismo. Pero Althusser también insistía en la necesidad de resguardar el carácter fundante de la lucha de clases, afirmando que ninguna revisión podía ceder lugar a la disolución de la empresa crítica de Marx. Esta había sido la pretensión invariante de “los adversarios del movimiento obrero” frente a cada crisis de la tradición revolucionaria.

También en América Latina, la crisis del marxismo producía fuertes interrogantes, e incluso Laclau participó de algunos debates en México a inicios de la década del ochenta, en los cuales se buscaba pensar a la luz de la puesta en cuestión de un reduccionismo clasista que todos parecían confesar como pecado de juventud. Ese clima produjo algunos dramáticos intentos por rescatar a Marx de la crisis del marxismo. Por caso, José Aricó y Oscar del Barco, en importantes libros de aquellos años (*Marx y América Latina* el primero, *El otro Marx* el segundo), emprendían una búsqueda por recuperar un Marx crítico de la filosofía de la historia y, con ella, de las grandes categorías de la modernidad. Un Marx leído contra lo que el marxismo había hecho de él, como un crítico de aquel esencialismo que el propio Laclau colocaría como signo de su eventual caducidad. Para estos autores, la “explosión” de la categoría de sujeto y las nuevas formas de antagonismo debían ser registradas, pero también podían ser inscriptas, al menos teóricamente, en una lógica general de la dominación (y de la resistencia) que no podía renunciar al marxismo.

Hay un diagnóstico de época emparentado con las tesis de Laclau: crisis del marxismo, crisis de la modernidad y de sus categorías políticas. Pero en estas otras figuras el marxismo sigue siendo pensado como el nombre de la posibilidad de subversión radical del sistema, el nombre de la ruptura. Podríamos sostener, a la luz de la potente ofensiva conservadora que se desplegó casi sobre todo el planeta desde aquellos mismos años, que este intento, ciertamente desesperado, de sostener una

lectura crítica de Marx era más agudo que una crítica del marxismo *tout court*. Esta resultaba, quizá, algo pacificadora frente a un contexto demasiado dramático. A su modo, el propio Laclau parecería reconocer esto un buen tiempo después.

### **El retorno de Perón**

Así se titula un apartado de *La Razón populista*, donde Laclau analiza el modo en que el posible retorno del líder a la Argentina en 1973, forzosamente exiliado desde 1955, permitía articular una serie de sujetos alrededor de la demanda de que esta vuelta se hiciera efectiva. Poco importa aquí el detalle que signa parte de la dramática historia argentina: Perón articulaba principios y sujetos políticos demasiado diferentes entre sí, y la cadena de equivalencias estaba destinada a estallar, y lo hizo del peor modo. Nos interesa otra cuestión, una curiosidad del orden del *significante*: el “retorno de Perón” a la Argentina, es también su retorno a la obra de Laclau. Y, con él, de la inspiración y las preocupaciones latinoamericanas. No solamente Perón está presente en LRP: también aparecen los importantes trabajos de José Nun en los años sesenta, sobre el concepto de “masa marginal” en Marx. Junto con ellos, las contribuciones de Frantz Fanon para pensar las formas crudas de la explotación capitalista en la periferia.

Nun y Fanon sirven a Laclau para volver a Marx, encontrando en su propia obra un *punto de fuga* de las categorías esencialistas que lo habían encerrado: el “lumpenproletariado” aparece como aquel *exterior* al sistema que es en realidad la revelación de la imposibilidad de clausura del pretendido sistema. Laclau infiere en *El 18 Brumario* (misma obra que sirvió a Derrida para mostrar a un Marx mucho más fascinado por los espectros de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir) una teoría de la articulación política: hay allí un sujeto, el lumpenproletariado, que no responde a una determinación económica, sino que solo es susceptible de ser articulado políticamente. Ese *exterior* desarma inmediatamente la pretensión *expresiva* que podría aparecer en los sujetos “clásicos” (si hay un sujeto que se constituye en la

política, toda pretensión de correspondencia entre economía y política queda subvertida), y parece entonces que ahora solo podemos hablar de los sujetos políticos como construcciones contingentes. Del mismo modo, el antagonismo tampoco está predeterminado, pero es constitutivo de la práctica política. Hay aquí continuidades pero también claras diferencias respecto de HyES. La construcción del sujeto político y del antagonismo supone como punto de partida una heterogeneidad constitutiva. No existen *a priori*, sino como efectos de una articulación contingente. Pero ya no estamos en el terreno de la radicalización democrática que encadena demandas, sino en el de la producción de una confrontación (la división de la sociedad en dos campos) imprescindible para pensar una política radical.

Este movimiento permite dar vuelta la página –o al menos a proponer una revisión– respecto de un modo de pensar el conflicto que celebra las *diferencias*, los *antagonismos* y las *emancipaciones*: términos *plurales* que sirve como defensa y garantía frente al esencialismo que amenaza frente a cada uno de ellos cuando es enunciado en singular. Modo en el que quizá incurría Laclau pero, mucho más aún, sus lectores de los años ochenta y noventa. No implica esto, claro está, un retorno de los análisis de clase que le interesaban en los años setenta. Tampoco implica una renovada pregunta por el socialismo como forma de superación del capitalismo, pero este desplazamiento ha sido más general y abarca mucho más allá de Laclau, por lo cual requeriría una reflexión más profunda e informada que la que aquí podemos hacer. En todo caso, lo que sí aparece en nuestro autor es una mirada fuerte acerca del lugar de la confrontación en la política y en la sociedad que difícilmente puede prescindir –o situarse en un lugar *radicalmente* distinto– de Marx y de su legado. En este sentido, podemos forzar a Laclau para incluirlo en un pensamiento acerca de los nuevos modos de antagonismo como formas actuales –que implican rupturas pero también grandes continuidades– de la gran fractura que pensó Marx como organizadora de la sociedad moderna. En ese punto, el “proletariado” podría pensarse mucho más como concepto teórico, que alude a la posibilidad de antagonismo y subversión, que como una realidad sociológica. Y esto supone la necesidad de

historizar y situar cada análisis para dar cuenta de esos posibles puntos de ruptura (lo cual no implica historicismo, pues ese antagonismo opera como una suerte de *invariante* y, por ende, como clave de lectura).

De esta manera, hay un retorno, en *La razón populista*, del antagonismo como eje estructurador de la transformación, del mismo modo que reaparece América Latina, y como retorna también, a su manera, la figura de Marx. No nos animamos a arriesgar una hipótesis causal, al estilo de: “Laclau se aproxima más a Marx cuando piensa América Latina”, pero sí quisiéramos subrayar esta interesante afinidad. Sin ninguna pretensión de hacer justicia (o injusticia) a una obra evidentemente fundamental de la teoría política de las últimas décadas, sino preguntándonos por sus aristas más productivas para pensar el presente. Y no solamente el presente latinoamericano, del cual Laclau fue un apasionado analista y militante. Recordemos que la “izquierda nacional” de su maestro Ramos debió construir, en su eficaz pedagogía, un curioso puente entre troskismo y peronismo para poder salir de la comodidad teórica y confrontar una compleja realidad. Hay algo de esa “irreverencia” de inspiración latinoamericana que hace de Laclau un incómodo pensador también en el seno de las izquierdas europeas: porque se anima a volver a plantear la productividad de conceptos como el populismo, la nación y la soberanía para actualizar los viejos temas de la emancipación. Porque insistir en eludir estos temas, aun si es por el razonable imperio de las memorias democráticas europeas y sus heridas, puede terminar constituyendo una sutil forma de retorno al siempre criticado esencialismo.

### **Bibliografía**

Laclau, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista*, siglo XXI, Bs. Aires, 1978.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, FCE, 2005.

Laclau, E., Mouffe, Ch., *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

Ramos, Jorge A., *Revolución y contra-revolución en la Argentina*, Ed. continente, Buenos Aires, 2012.